El buscador de sueños

Teresa Palomino Palomino

Dedicatoria:

A Roberto, mi sobrino, por el laborioso trabajo realizado en el mapa.
A mi amiga Merche Canosa, mi segunda hermana.

Budár intentaba zafarse, con sus potentes brazos, del mar de telarañas que cubrían el viejo y desvencijado local. La compañía para la que trabajaba, desde hacía tres años, había comprado el ruinoso edificio para construir un hotel. Su situación era excelente, seiscientos metros del centro neurálgico de la urbe y a dos kilómetros del Campus Universitario.

Cuando estudiaba arquitectura en Samaki, cercana a su ciudad natal, al norte del país, soñaba con construir espaciosas avenidas pobladas de diferentes especies arbóreas y edificios de cuatro alturas y, así, dar sensación de mayor amplitud.

Con la tinta de su título, todavía húmeda, llegó a Nardónia atraído por los proyectos de infraestructura que el gobierno desarrollaría, para dotarla con los servicios que demandaba toda capital de una nación. No tardó mucho en darse cuenta de que aquellos eran lo que su nombre indican, teniendo que arrinconar sus sueños en favor de la vida real: Construcciones y Proyectos Tahalí S. A., donde prestaba sus servicios y la cual aglutinaba otras empresas dedicadas a trabajos específicos dentro del conglomerado de esta. Su departamento planificaba demoliciones controladas, tanto para la Tahalí como para diferentes organismos y compañías que solicitasen sus servicios, y aquel en concreto pertenecía a la compañía madre.

No sin esfuerzo, abrió las contraventanas de madera dejando que la brisa fresca de aquella mañana del mes de marzo renovara el aire pesado y rancio que imperaba en el local, a la vez que desempolvaba el viejo y raído mobiliario. La luz no quiso ser menos, incorporándose al esperpéntico cuadro formado por mesas y sillas desvencijadas, estanterías arrancadas de sus soportes sobre las que todavía quedaban

en pie algunos libros esparcidos por el suelo de madera carcomida, crujiendo a cada paso de su exterminador.

Cuando sus ojos se fueron acomodando al espacio y lugar, pudo observar que no era un simple establecimiento donde servían bebidas. El mostrador de madera color caoba, los apliques, los libros diseminados y la lámpara con polea, para subirla y bajarla, le indicaban, sin lugar a duda, que había sido una librería antes que establecimiento de bebidas; su propio nombre escrito sobre la puerta de madera así lo indicaba: «El Lector».

La voz de un operario le sacó del ensueño nostálgico. Era reclamado por un guardia del orden. Su momento había pasado. Sus subordinados sabían que cuando entraba en un edificio presto a su demolición, nadie debía molestarle. Budár quería impregnarse de las historias que le contaban sus muros; historias que, de otro modo, se perderían en los tiempos. Antes de abandonar el recinto, se colocaba en el centro y giraba, como una peonza, recogiendo y guardando en su memoria todo cuanto en él se hallase. Al mover sus pies, notó que pisaban un objeto demasiado blando para ser madera. Cuando se agachó, comprobó que era un libro al que le faltaban las tapas y algunas hojas. Sujetándolo con su mano derecha, salió al exterior dirigiéndose hacia el lugar donde se encontraba el guardia, sin mirar atrás, como era su costumbre; quería guardar en su retina la imagen de aquel inmueble.

Vivía en un pequeño apartamento al otro lado del puente Viejo, alejado del centro, pues los ruidos y aglomeraciones le importunaban. Bastante tenía con su trabajo como para padecerlos también en su tiempo de ocio. Mientras escuchaba música relajante disfrutando de una copa

de licor, recordó el libro que había recogido de El Lector. Después de quitar el polvo acumulado de a saber cuánto tiempo, lo ojeó. Era una novela titulada Nardón o El Diablo nunca duerme, contextualizada en la guerra que dio paso a la forma de gobierno y libertad que disfrutaban en ese momento. De eso hacía ya ciento cincuenta años, cuando el país fue devastado. Leyó unas páginas del centro y otras del final; era una manía que tenía desde niño. Si le gustaba, lo leía; si no, lo arrinconaba. Lo leído le interesó, sobre todo, cuando vio la frase: «el camino de los dioses». Él era un buscador de sueños porque entendía que, sin ellos, se perdería la magia que necesitamos para seguir viviendo. Aunque los suyos estuviesen dormidos, no renunciaba ni renunciaría a poder alcanzarlos algún día. Continuó leyendo y la sorpresa le vino en un papel manchado y amarillento por los años, mezclado entre varias hojas sueltas. Era un mapa en el que a duras penas se apreciaban los trazos. Con su nueva y estupendísima cámara fotográfica tomó varias instantáneas, que visualizaba en la pantalla del ordenador. A simple vista, parecía un plano cartográfico de Nardón, aunque algunos de los nombres no le eran familiares. Lo que parecían ser líneas indicativas partían de la desembocadura del río Latría, atravesando la sierra Entrerríos, llegaban a la ciudad de Alrrac y, desde allí, viraban dirección a la cordillera Alta para después volver a girar hacia la sierra Corta, continuando el curso del río Orvalle donde aquellas se perdían, o el paso del tiempo las habían difuminado. Con la lupa que usaba para leer los planos del Antiguo Orden, intentó localizarlas. Todo fue inútil. Volviendo a retomar la lectura del libro, en uno de los capítulos, se hacía referencia a una leyenda sobre un antiguo camino o senda por donde los dioses penetraron, ocultándolo para que ningún mortal

hiciese uso del mismo: «… pero cuando llegaron los hombres del País del Hielo capturaron a un dios menor y, tras torturarle, les abrió la puerta que conducía e indicaba el camino, penetrando y conquistando todo el territorio, sumergiéndolo en la Gran Noche Tenebrosa…».

Depositó la novela sobre la mesita que tenía delante e inició unos pasos vacilantes. Miró la vieja obra y, haciendo un gesto de aprobación, tomó otro libro de la estantería y comenzó a ojearlo ávidamente hasta que encontró lo que buscaba, anotando comentarios que le servirían para lo que tenía en mente en el pequeño cuaderno que siempre le acompañaba.

Con el mapa plastificado colgado del cuello, la mochila y el bordón, dándole la espalda al océano Neglantis, inició su aventura en busca del camino de los dioses por la ribera derecha del río Latría. Habían pasado treinta y dos días desde que lo encontró en aquel viejo y desvencijado local, reavivando ilusiones y deseos que había arrinconado a su llegada a la capital: la búsqueda de unos sueños que no dejaban de ser una aventura, porque realizarlos suponía abandonar su vida cómoda y fácil por algo que resultaba, a todas luces, una invención de la autora, asumiendo su verosimilitud no como una quimera, sino como algo real. Con la excusa de un problema familiar, solicitó tres meses de vacaciones sin sueldo, lanzándose a su particular aventura.

El camino o senda, aunque no se apreciase a simple vista, discurría paralela al río hasta llegar a Diembu, aldea ubicada en una pequeña meseta entre los tres ríos que la circundaban: el de los Dioses, Latría y Samaki. Pernoctó en